Exp. 131

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

Ilmo. Sr. D. MIGUEL ARTIGAS

EL DÍA 13 DE ENERO DE 1935

MADRID
1935

R. 40705

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. MIGUEL ARTIGAS

EL DÍA 13 DE ENERO DE 1935

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

MADRID
1935

S. Aguirre, impresor.—General Alvarez de Castro, 40.—Teléfono 30366.

DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. D. MIGUEL ARTIGAS

Señores académicos:

Me esforzaría en vano por encontrar palabras con que agradeceros la merced de haberme llamado a compartir vuestras tareas y a formar parte de una Corporación de tanto prestigio.

Sabios encanecidos en el estudio, cargados de merecimientos, varones insignes en las artes y en las ciencias, hombres que representan las más altas glorias nacionales, vienen desde siglos ocupando los sillones de la Academia. Nada de esto puede ofreceros este modesto trabajador que ha pasado los años de su vida preparando las herramientas y los materiales para que los bien dotados los empleen y empleándolos él, a las veces, como descanso y alivio de la diaria labor de Bibliotecario, de esa labor que podría llevar por lema el *Sic vos, non vobis* del poeta mantuano.

Aumenta mi confusión el pensar que voy a ocupar el sillón de un hombre ilustre por su rango social, por sus servicios a la patria en altas y difíciles misiones diplomáticas y benemérito de los estudios históricos y literarios, D. Wenceslao Ramírez de Villaurrutia.

Es muy explicable esta doble fisonomía que ofrece Villaurrutia, este tránsito de diplomático a historiador,

en quien es, por su oficio, actor o testigo de la historia política contemporánea.

Es además, en cierto modo, una compensación al obligado secreto y reserva del cargo, divulgar y enjuiciar pasados sucesos entregados ya a las disputas de los eruditos.

Se le reveló a Villaurrutia la vocación de historiador ante los legajos de los Archivos de las Embajadas que sirvió, en Londres, en Viena y en Roma, principalmente.

De sus estudios en la Embajada de Londres nos han quedado sus trabajos sobre *La jornada del Condestable de Castilla a Inglaterra para las paces de 1604, La Misión del Barón de Agra en Londres en 1808,* y sobre todo los tres notables volúmenes acerca de las *Relaciones entre España e Inglaterra durante la guerra de la Independencia.*

Fruto de sus ocios diplomáticos en Viena fueron las *Relaciones entre España y Austria* y el libro sobre *España en el Congreso de Viena.*

Su estancia en Roma le dió ocasión para escribir sobre la *Embajada de Cogolludo, Lucrecia Borgia* y sobre otros sucesos y personas.

No le sería difícil advertir al autor que, en aquellos trabajos de historiador documentado y erudito, el gran público celebraba sobre todo las graciosas anécdotas, la salsa picante con que los sazona.

A partir de 1916 los asuntos y los episodios históricos que tientan su pluma y su curiosidad, son de los que admitían ser aderezados con los más fuertes y variados productos de las Islas de Especería. Villaurrutia, muy seguro de su pulso y pertrechado con toda una teoría ética y ejemplar de la historia, no se anduvo en punto a medidas con adarmes y escrúpulos, aunque,

hombre de mundo, le importaba siempre salvar el decoro de las palabras.

Gran parte de sus libros y folletos tratan de mujeres históricas, de las que tienen historia, y como cree que en la grande y pública no puede prescindirse de las historias pequeñas y privadas, sin las cuales queda aquélla oscura y falseada, se comprende lo difícil de su empeño y el peligro de perderse en un anecdotario galante.

No se puede negar que en muchos casos esta historia al menudeo es más verdadera y, desde luego, más divertida que la que nos imaginamos inspirada por la severa Clío, y en cierto modo ejecutora ciega de una justicia algo tardía y por eso mismo desinteresada. Los historiadores de rebusca sacan a la pública vergüenza los enredos en que las gentes no habían reparado, o de los que no quedaba memoria, sin otra pasión ni propósito que contar lo que han averiguado y lo que por averiguado tienen.

Y no faltan casos en que estos cronistas de claras u oscuras mujeres tropiezan con otro Don Quijote que sale a la defensa de la reina Madásima y del bellaconazo Maestro Elisabat, trabándose de artículos y folletos, ya que no de puñadas y guijarros.

Muchos hubieran preferido que Villaurrutia no hubiese salido de los legajos viejos de los Archivos de las Embajadas; pero entonces la mayor parte de los lectores que necesitan amenidades y relatos provocantes a risa para poner los pies en el adusto palacio de la Historia, nunca se hubiesen decidido a entrar, y quién sabe si el que leyó estos libros regocijantes, en momentos de más serenidad de ánimo, dará en echarse a pechos los eruditos infolios de la otra historia.

Por lo menos, no se puede dudar de que Villaurrutia

quiso cumplir el consejo de enseñar deleitando, o de deleitar enseñando: la proporción en que para una obra perfecta han de entrar estos componentes es cosa difícil de precisar y ocasionada a inacabables controversias.

Lo indudable es que la Historia de España le debe descubrimientos notables; la diplomacia, servicios acaso mal pagados y peor reconocidos; y los diplomáticos, gratitud y veneración por haber continuado la noble tradición de Hurtado de Mendoza, Saavedra Fajardo, Azara, Duque de Rivas, Valera y otros, que fueron excelentes literatos y sagaces diplomáticos.

El idioma español le es deudor, además, de aquel amoroso cultivo y esmerado empleo que resalta en todos sus escritos.

Con unas atinadas observaciones acerca del *Estilo diplomático,* deleitó a los oyentes que se congregaron en esta sala la tarde en que leyó su discurso de entrada. Trajo como ofrenda las observaciones que una larga experiencia le había enseñado. Quiero ahora imitarle, por lo menos en esto, en ofreceros algunas consideraciones, documentos y noticias sobre la preocupación de la pureza de la lengua en la historia literaria española, disciplina a la que he dedicado algunas vigilias y trabajos.

Desde que en los albores del Renacimiento van adquiriendo los escritores conciencia de su arte, sienten el deseo de perfeccionar el instrumento de que se valen, y se esfuerzan en pulirlo y preservarlo de toda imperfección y desaliño.

Apenas andadas las primeras jornadas en la historia de las letras, se escuchan las voces de alarma, los avisos y los alertas. De dos peligros tiene que librarse el escri-

tor castellano durante la Edad Media: el latinismo y el vulgarismo. El primero le atrae irresistible, ni creo que pudiera entonces parecer peligro el anhelo y afán de acercarse lo más posible a la lengua de los doctos; del segundo huye por instinto, exagerando a veces sus temores y aversión.

Se ha conservado en una única copia un fragmento de cierto Vocabulario del siglo XV, y en la parte del prólogo que le precede el desconocido autor escribe una singular diatriba contra el vulgarismo. Pretende caricaturizarlo en algunos párrafos y lo extiende en otros a expresiones puramente castellanas y normales (1).

La propiedad de los vocablos se daña y se corrompe, según él, por la torpe pronunciación, y perdida la propiedad se pierde la significación. Atribuye la mayor culpa de esto a la rusticidad de los aldeanos, que no se quieren hacer fuerza ni poner diligencia en pronunciar bien las palabras, y así dañan y turban los antiguos y buenos vocablos.

Este purista precoz considera como una de las causas de la corrupción del lenguaje la frecuencia de términos vulgares y de epítetos del pueblo, y hasta de formas fonéticas muy desvariadas y disformes... "asi como en una comarca de Toledo que dizen La Sisla, que al mozo pequeño le llaman *zagal* i en otras partes por los manzebos que no son casados, ni tienen casa dizen *barranos,* y yo vi labradores que para que sus bueyes fuesen conocidos llamaron a un buey *Limon* y a otro *Cordon,* ved que tiene que ver buey con Cordon ni con Limon, ni en materia ni en forma... Y asi mesmo en algunas villas cercadas que pusieron antiguamente nombres a las puertas de las villas; i algunos llaman la puerta de la carrera de Toledo; los labradores con pe-

reza y por acortar la razón dicen la Puerta de *carratoldo.*"

La lengua castellana es bien ordenada y con buena elocuencia, como lo verá quien lea las Partidas del Rey Don Alfonso, pero por la pereza en pronunciar o equivocando o abreviando las palabras la han corrompido, de tal manera a veces, que estas palabras del vulgo "son tan graves de corregir como unas ropas que el mal sastre asi las daña que otro buen sastre con todo su arte, no las puede poner en corte".

Ignoramos, porque sólo se conservan en este fragmento unas cuantas palabras referentes a dignidades y oficios de la Caballería, la importancia que este Vocabulario pudo tener. Desde luego refleja una tendencia antivulgar, erudita, latinizante y un tanto exigente en su crítica, pues no le agradan aquellos versos rimados del Rab don Santo, en los cuales "hay asaz seso i notables dichos, pero son tan mal rimados que no se pueden traer a consonante". Estos que el autor juzga vulgarismos, en su aspecto fonético, no en las equivocaciones torpes, representaban en cierto sentido la evolución natural y espontánea del idioma, entorpecida por la influencia de los cultos.

Por otra parte, la tendencia erudita y latinizante, si no hubiese luchado por un imposible, dada la constancia, tenacidad, número y calidad de los que seguían su bandera, hubiera acabado con el castellano, o no le hubiera dejado nacer.

En el lenguaje escrito empezó por asomarse en los documentos redactados por notarios y curiales poco doctos, y sobre todo en las cláusulas más importantes y concretas, cuyo contenido preciso era natural que los

interesados, gentes de habla vulgar, necesitasen conocer con exactitud (2).

Es evidente que antes del siglo XII había ya una literatura romance de la cual los eruditos van desenterrando algunas piezas. Había incluso una literatura romance en las tierras dominadas por los árabes; pero frente a ellas, asombrándolas con una tradición rica y conocida, se levantaban los letrados, los que podían expresarse en latín, y aún entrado ya el siglo XIII, un poeta de vena tan abundante como Berceo se da cuenta, ruboroso, de la inferioridad de su instrumento y de su cultura:

> Quiero fer una prosa en roman paladino
> en el qual suele el pueblo fablar a su vecino
> ca no so tan letrado por fer otro latino.

Una necesidad política y social impulsa a los legisladores a escribir en lengua vulgar para que todos, letrados e iletrados, conozcan las leyes y las cumplan, y ya Fernando el Santo hace traducir al castellano el *Forum Iudicum,* y su hijo, con las *Partidas* y las otras obras jurídicas, levanta un monumento a la lengua y al derecho hispanos.

Muy próximo y semejante a este fin útil y social de la legislación está el de la Historia, que en manos del Rey de las *Partidas* y de los cronistas e historiadores que le suceden, cumplen una misión política y a la vez doctrinal.

El arte, la poesía especialmente por lo que tiene de espontánea, acude muy pronto al lenguaje vulgar como medio de expresión, y desde el *Poema del Cid* no se interrumpe la producción poética en lengua castellana.

Aunque de reflejo, en la mayor parte de los casos,

llegan acá los esplendores del primer Renacimiento, y la lectura e imitación del Dante y del Petrarca despiertan y fecundan la inspiración de algunos poetas y prosadores castellanos, y no faltan algunas traducciones que vienen a acrecentar el caudal literario del idioma y a ensanchar un poco los moldes para alojar las nuevas ideas.

En España fué el latín lo suficientemente cultivado y su literatura bastante conocida para que los escritores romancistas sintiesen una emulación nostálgica al comparar la riqueza y perfección de la lengua latina con la castellana naciente y renaciente y el deseo de aproximarse todo lo más posible al modelo.

La imitación latina es y será desde entonces el anhelo y la tortura de los escritores españoles más cultos. Y este anhelo y esta tortura han de durar hasta bien entrado el siglo XVII.

Este afán de imitar y adorar el modelo engendra otro peligro: el de la excesiva latinización del romance. Siempre ante los ojos el modelo, siempre en la voluntad el ansia de acercarse lo más posible a él, el escritor del siglo XV procura en todo momento enriquecer el idioma con los despojos del latín.

Le es fácil relativamente apropiarse las formas y castellaniza, muchas veces con acierto, nombres y adjetivos y hasta verbos latinos; pero le es más difícil calcar la sintaxis, que, torturada, dislocada a la fuerza, tiende a recobrar su forma normal en cuanto la presión forzada se descuida.

Las traducciones, sobre todo, son el campo más fértil y feraz de los latinismos, y en ningún escritor castellano llegó la violencia y el forzamiento del castellano

a tal grado de latinización como en el traslado que hizo de los libros de la *Eneida* D. Enrique de Aragón.

El Sr. Cotarelo publicó una muestra en su libro sobre D. Enrique de Aragón, y D. Marcelino transcribió algunos párrafos en sus *Traductores de la Eneida.*

Véase otro ejemplo, el comienzo del libro V:

"Partiendo Eneas de los Mares de Cartago, estando en medio de la flota, cierto del camino, con los vientos aquilonares rendiendo las negras ondas, volviose a mirar los altos de Cartago muros, los cuales ya relumbraban por las llamas del gran fuego que la desventurada Dido encendiera: e no sabia la razon por qué tal encendido era fuego, por ende fue dello maravillado ignorando que tantos dolores, por amor fallescida pasar aquella quisiese ni prescentó su entendimiento eso que la mujer furente siquiere enloquecida facer pudiere" (3).

Juan de Mena salpicó sus poemas de palabras y giros latinos o latinizados; la inspiración poética hace, sin embargo, tolerables en él, y hasta gratos, estos artísticos atrevimientos que vinieron a enriquecer considerablemente el vocabulario castellano. Un estudio atento y crítico del lenguaje de Juan de Mena nos pone ante los ojos muchedumbre de palabras y giros que, olvidados y oscurecidos durante algún tiempo, vuelven a aparecer y hacen las delicias de los cultos en el siglo XVII.

Los comentadores sabios del poeta, el Pinciano y el Brocense, dieron ya autoridad y franquía a algunas de estas novedades, que se fueron transmitiendo de unos a otros los poetas castellanos.

La lentitud y parsimonia con que fué arraigando el humanismo durante los siglos XIV y XV en nuestra España prestó una indudable ventaja a la perfección de la lengua.

Se libró España de aquella superstición humanística de Italia, donde el lenguaje ya fuerte y robusto del Dante y del Petrarca quedó como eclipsado por los prosistas y poetas italianos que volvieron a emplear el latín como lengua literaria.

En castellano se traduce y se castellaniza el tesoro del mundo clásico. Una lucida serie de latinistas toma sobre sí la tarea de aliviar la ignorancia de los más, traduciendo en lengua vulgar gran número de libros latinos. Opinaban muchos, con el Marqués de Santillana, que ya que no poseían las formas debían hacerse dueños de las materias. Y el Canciller Ayala, Villena, Alonso de Cartagena, Pérez de Guzmán, Alonso de Palencia, Encina y otros, antes de comenzar el siglo XVI, y muchos más en pleno apogeo del humanismo, trasladan a la lengua castellana buena parte de la literatura latina, y hasta directa o indirectamente las obras más conocidas de la griega. Y en este trasiego de ideas y materias algo pasa de las formas del viejo latín al idioma romance (4).

La historia, como hemos dicho, se adelanta a otros géneros en el empleo de la lengua vulgar, acoge, además, los viejos poemas y los romances viejos, poesía del pueblo en lengua amable y sencilla, para todos fácil y de todos comprendida. A fines del siglo XV y comienzos del XVI, esta lengua aparece adulta y rica en la *Celestina*, el *Lazarillo* y en el teatro de Gil Vicente y Juan del Encina.

El siglo XVI contempla ya la victoria decisiva del castellano, pues sólo iba quedando a los adoradores del latín un último reducto, una última trinchera: la prosa sabia y doctrinal—filosofía, teología y jurisprudencia

teórica—, que durante mucho tiempo ha de considerarse impropio y poco digno escribirla en castellano.

Una circunstancia histórica pareció amenazar al romance castellano con un destierro más prolongado de estos y de otros campos de la cultura.

La reforma protestante y la crítica erasmiana comenzaron a contagiar insensiblemente y a perturbar la unidad de creencias, despertando recelos y levantando dondequiera suspicacias. La Inquisición, con ojos muy abiertos y con tribunales incansables, se esforzaba en descubrir y destruir todo brote que pudiera significar un peligro para la pureza de las creencias.

Estas entonces peligrosas materias de religión y de filosofía, de moral, de interpretación bíblica, eran terreno resbaladizo por el ambiente de recelo que, denso y fuerte, dominaba en España, y que vió envuelto nada menos que a todo un Arzobispo de Toledo en un larguísimo y penoso proceso por el sentido ambiguo de algunas frases que estampó en su Catecismo. De todos modos, estas temerosas trabas no influyeron en el cultivo del idioma ni en su evolución; frondosa y rica lingüísticamente es toda la literatura mística del XVI escrita en castellano, y es de notar que en un libro castellano de altísima teología, escrito además por quien había sufrido los rigores de la Inquisición, leemos una magnífica defensa de la lengua castellana.

"I es engaño comun tener por facil y de poca estima todo lo que se escrive en Romance que ha nascido de lo mal que usamos de nuestra lengua no la empleando sino en cosas sin ser, o de lo poco que entendemos della, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia que lo uno es vicio y lo otro engaño y todo ello falta nuestra y no de la lengua ni de los que se esfuerçan a

poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla... que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como a la gravedad le conviene... I si acaso dixeren que es novedad, yo confiesso que es nuevo y camino no usado por los que escriven en esta lengua poner en ella número, levantándola del descayimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presumpción que tengo de mi, que bien se la pequeñez de mis fuerças, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aqui adelante su lengua como los sabios y elocuentes passados, cuyas obras por tantos siglos biven, trataron las suyas y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales segun mi juizio vence ella en otras muchas virtudes" (5).

No es ésta una alabanza aislada; la defensa del castellano como lengua excelente y capaz para las más varias y sutiles expresiones, es un tema común a muchos escritores, y no sólo la defensa, sino su apología y exaltación. Desde Valdés hasta Forner forma todo un género literario (6).

Pero aún en las defensas y apologías aparecía siempre la sombra del latín como término excelso de comparación y como anhelo confesado o no de los apologistas.

El castellano había crecido libre, sin normas fijas, sin reglas impuestas y seguras, con la frescura y lozanía de las plantas silvestres; sólo aquella sombra del latín y de las reglas de la gramática latina que en las clases de Humanidades y Gramática aprendían todos los escolares les servían de pauta deliberada o inconsciente. Conocían bien estos escolares la estructura de la lengua latina, y aunque procurasen, al escribir en castellano, olvidarla, aquel conocimiento, aun evitado, cons-

tituía una fuerte armazón gramatical, la única de que podían valerse aún los que pretendían huir del viejo modelo.

Nebrija, renacentista, creador de la filología castellana, fué el primero que abrió tienda de gramática castellana en aquel año prodigioso de 1492 (7).

Fortuna y providencia grande que cuando los españoles iban a llevar a un nuevo continente su idioma pudieran presentarlo trabajado y bien establecido por reglas seguras, necesarias o muy útiles para la enseñanza y el aprendizaje.

Y como a los pocos años la expansión española no interrumpida desde los siglos medios en Italia, se extendió a otras partes de Europa y del mundo con Carlos y Felipe, se escriben y se imprimen gramáticas y vocabularios para que aprendan otras naciones el castellano, que es el idioma del Imperio.

Hay toda una literatura curiosa y entretenida, verdadero juego de eruditos, que tenían la paciencia y el humor de escribir composiciones en prosa y en verso, y que podían ser leídas como si estuviesen en latín y en español. Este alarde lo hicieron también escritores italianos y portugueses. En el fondo estos escritores se esforzaban en probar que su lengua estaba más cerca, era más directa heredera de la latina (8). Con las nuevas doctrinas había revivido la idea y el sentimiento del Imperio nunca extinguidos en la Europa occidental.

Son reveladoras a este propósito las palabras de un desconocido comentador de unos comentarios a Góngora: "Comenzó a pulirse el castellano en tiempo del Rey D. Fernando cuando cesaron en España las guerras y descubrió asomos de lo que avia de ser tan grande monarquia. A llegado oi lengua como imperio a toda la

grandeza que puede tener. Testigos tantos y tan grandes ingenios como cada dia en este edad con admirables escritos le an enriquecido. Está pues nuestra lengua en el estado que nuestro imperio... I si no es que por ver que en España se conserva la pureza de la fe, hace milagro particular es fuerza que asi de imperio como de lengua se sienta dentro de pocos años la declinación..."

Este agudo y profético comentario no sólo hace la apología de la lengua, sino que adivina las futuras empresas de la crítica literaria: "Daranse todos a la inteligencia de nuestros oradores... estimando cualquier coplitas de que nos reimos agora... Estudiaran nuestras comedias. Admirárase la posteridad de que un hombre haya escrito mil y quinientas... No faltará quien recoja todas las voces que se hallaren en el Fuero juzgo..." (9).

Pero ni las defensas, ni las apologías del castellano, ni las gramáticas ni los preceptos, ni la severa guía de los modelos clásicos, ni la rica prosa del Arcipreste de Talavera y de Rojas, fueron del todo decisivas para la perfección y fijación del idioma.

Nadie puede negar a todos y cada uno de estos factores su parte, pero más que los maestros y preceptistas, y más que los modelos retóricos y que los mejores prosistas, son los grandes poetas los que crean y fijan la lengua.

Con su buen gusto instintivo, con su delicada sensibilidad, amasan con la flor de la harina del idioma sus más bellos poemas que todos aprenden, que todos repiten, bellas formas que cubren conceptos bellos, contagio constante que llega al último confín del país donde vive un lector.

Y entre todos los poetas castellanos de la primera

mitad del siglo XVI, a ninguno le debe más nuestro castellano que al dulce Garcilaso.

Garcilaso es el fruto más delicado y fino de nuestro renacimiento. La erudición clásica late en el fondo de su poesía. Horacio y Virgilio le prestan la riqueza de las metáforas, que hace suyas y las asimila con tanta discreción que ni la imitación ofende, ni la naturalidad padece en el tránsito. La lengua de Garcilaso tiene el sabor de la fruta madura, no hay en ella acritudes, no hay rudezas, fluye mansa y suave, ocultas y apagadas por el resplandor de un arte exquisito las imitaciones y reminiscencias. Los poemas de Garcilaso, al lector de hoy, no le ofrecen dificultad alguna; desde que escribió sus églogas, liras y sonetos, sigue siendo un contemporáneo de cuantos a él se acercan, es acaso el más clásico de nuestros clásicos, y por esto el que ha tenido una influencia más intensa y extensa en la fijación del idioma.

No todos los escritores del siglo XVI tenían el buen arte y la discreción de Garcilaso. De él aprendieron todos, muchos le imitaron, y no pocos emularon su gloria intentando nuevos caminos.

Cada intento dejaba sus huellas en la masa blanda y dúctil del idioma que se deja modelar por tantas manos. Cada artista que verdaderamente lo era, le prestaba como tributo involuntario un nuevo primor, una bella expresión, una hermosa palabra.

Había una vieja cantera, la tradicional de la erudición latina, que en pleno siglo XVI aún sufría nuevas explotaciones con que enriquecer el idioma castellano; esa erudición latina seguirá siendo, y cada vez con más exigencias, base y fundamento de toda cultura, y por esto es muy natural que el influjo del latín sea una de las fuerzas constantes que sobre él actúan, y a la que

está fuertemente sometido (10). Y no sólo en lo que respecta al vocabulario, sino también a la sintaxis. En realidad, el aumentar con nuevos vocablos el caudal de la lengua fué preocupación y ocupación más sentida en el siglo XV.

Los escritores cultos del XVI ya tienen que esforzarse poco en este punto: es la *cálida junctura* la elocución, la expresión nueva, lo que sobre todo les preocupa. Herrera, el gran poeta, en sus *Comentos* a Garcilaso, trata deliberadamente de establecer teóricamente los principios de una lengua poética, distinta de la usual y corriente, es decir, un castellano que se parezca al latín de Virgilio o de Horacio.

Esta dirección humanística y culta alcanza, como es sabido, su plenitud y más visible desarrollo en Góngora.

Hoy es ya moneda corriente el considerar que lo que se ha llamado y se llama indistintamente cultismo o gongorismo, apareció antes de que Góngora escribiera sus poemas, y que mucho antes de 1612 eran ya temas literarios vulgares el cultismo, y hasta la sátira de la oscuridad poética. En realidad el fenómeno es universal, o por lo menos apreciable en aquellos pueblos en que el renacimiento de los estudios clásicos alcanzó algún desarrollo.

En cuanto la crítica ha prescindido de los perezosos antojos de los prejuicios tradicionales y ha analizado serenamente, con sentido histórico y estético el problema, han ido cayendo una tras otra las que parecían bases fundamentales de toda una teoría que los retardados repetidores todavía acogen en sus manuales de Historia Literaria.

Góngora, para la vulgar y vieja apreciación, es un excelente poeta que, ambicioso de más gloria, deja su

estilo tradicional y claro para crear otro intrincado y oscuro. Quien antes fuera *ángel de luz,* se convierte en *ángel de tinieblas,* contagia a sus contemporáneos y da comienzo a una escuela de mal gusto.

Los fundamentos históricos de este lugar común no han resistido un examen severo.

Aparte de que ya antes de Góngora había habido poetas oscuros y poetas que se burlaban de esta oscuridad viciosa, al fechar con precisión el *Panegírico del Duque de Lerma* y averiguar que era posterior a las *Soledades* y al *Polifemo,* se ha tambaleado la pieza firme en que se apoyaba la supuesta perturbación mental del poeta. La locura ya no puede explicar el fenómeno. El contagio italiano de la poesía de Marino está descartado, ni es razonable atribuir un cambio radical de estilo a la lectura de un libro, el de la *Erudición Poética,* de Carrillo, cuyos puntos de vista eran viejos, en cierto modo, entre los humanistas del siglo XVI.

Pero hay más; analizados los elementos del estilo de Góngora, muchas expresiones y giros calificados de viciosos los encontramos empleados en las primeras composiciones que salieron de su pluma.

Como muy sutilmente ha demostrado Dámaso Alonso en el Góngora de las obras más claras está, más que en potencia, en genialidad y en la manera de hacer, el autor de las más oscuras, hasta el punto de que entre las dos épocas en que tradicionalmente se divide su obra no puede fijarse un límite definido: la una va dando origen a la otra, y lo que caracteriza a la segunda no es más que la *intensificación en el pormenor y la densificación en el conjunto.* En la sucesión puramente cronológica Góngora escribe, después de sus grandes poemas, muchas poesías que los obcecados en la parti-

ción cronológica del poeta tendrían que colocar junto a las primeras que compuso.

Quien no se pare en la corteza de las cosas, llegará a ver claramente que la técnica literaria de Góngora sigue las normas comunes al arte de una época que comienza en el siglo XVI y se dilata hasta el XVIII. Lo que hay es que Góngora, poeta extraordinario, ha sabido y podido realizar plenamente en unas cuantas poesías lo que otros sólo pudieron iniciar, y los preceptistas con una erudición indigesta, defender.

En el estudio histórico de la lengua y la apreciación de su pureza y plenitud, Góngora señala una parada brusca que a todos conturba. Muchos de los más cultos humanistas latinizantes le saludan como al redentor del idioma vulgar, pobre y oscuro antes, que podía ahora hombrearse con los idiomas sabios; ya tienen los profesores de retórica y de letras humanas unos poemas que sufren comentos sabios y eruditos, ya no serán sólo Horacio y Virgilio las minas donde ir a buscar figuras, elegancias y tropos sorprendentes.

Los poetas, deslumbrados todos con la riqueza poética del Cordobés, le imitan hasta cuando le quieren combatir, y Quevedo, el enemigo más acérrimo de Góngora, cuando quiere escribir grave y entonado, sigue sus huellas.

Curioso y único ejemplo tal vez en la literatura universal el de este poeta, que suscitó las más furiosas y sostenidas controversias sin haber impreso ni permitido imprimir sus discutidos poemas; singular y envidiable cultura literaria de un pueblo y una época, curiosidad casi incomprensible la que difundió en pocos años, en pocos meses, unos poemas que repetían de coro las gentes, y que produjo además una copiosísima literatura

crítica e interpretativa de ellos, comparable a la que se escribió por los gramáticos alejandrinos o renacentistas sobre los grandes poemas clásicos.

Los críticos adversos a Góngora plantean por vez primera de un modo claro, en la literatura española, el problema del purismo. Antes encontramos alguna alusión o burla jocosa del afán latinizante y cultista de algunos escritores: recuérdese la alusión de las *Coplas de la Panadera* al estilo del Marqués de Santillana, por ejemplo, y las censuras, más o menos directas, en las disputas de los partidarios de la escuela tradicional en tiempos de Garcilaso; sin embargo, de modo general se puede afirmar que, hasta Góngora, el empeño latinizante y erudito era considerado como un mérito y primor de la lengua; se trataba por todos (en la discreción y buen gusto consistía el acierto o el desatino) de enriquecerla y aumentar su caudal con préstamos y saqueos de la lengua latina.

Sólo ante las *Soledades,* el *Polifemo* y el *Panegírico* se levanta una oposición fuerte, sostenida, que comienzan poetas y críticos: Lope, Jáuregui, Cascales, y que pasa después al vulgo a través de los escritores satíricos y de los dramaturgos.

Entre éstos, y con Lope a la cabeza, es casi un lugar común imprescindible, un truco para congraciarse con el vulgo, salpicar los dramas con algunas escenas caricaturescas del estilo culto.

Curioso y complejo fenómeno; los burladores ponen sobre su cabeza al poeta, le imitan y difunden sus giros y expresiones, y contra su propósito, son los propagadores de su arte y los que ayudan a ganar la batalla.

En la opinión vulgar, Góngora pasa por fracasado y vencido, pero persisten sus innovaciones y atrevimien-

tos que se han incorporado en su mayor parte a la lengua de todos.

Una de las palabras que los satíricos antigongorinos ponen en la picota del ridículo es la palabra *esplendor*. Pues bien, pasado un siglo apenas, la Academia Española pone en su escudo, como lema de sus trabajos, el *limpia, fija y da esplendor*.

Hay que advertir, además, que esta palabra esplendor no la inventó Góngora. En la *Storia de los cuatro doctores* se encuentra empleada, es frecuente en Herrera, y se usa además en el *Quijote*. En Góngora aparece muy en los comienzos de su vida literaria, es decir, en la época del Góngora *ángel de luz*.

Dámaso Alonso, decidido a poner orden en el léxico gongorino, con un análisis preciso y casi matemático, ha llegado a conclusiones que parecerán verdaderamente sorprendentes. En la Soledad primera muchos de los cultismos empleados por Góngora fueron usados ya en el siglo XIII: *absolver, dictar, lámina, recíproco, vulto,* etc., y muchísimos abundan en los escritores desde fines del XIV hasta principios del XVI: *apócrifo, fábrica, nocturno, líquido, revocar, sacro, tridente,* etc., y no pocos en los vocabularios castellanos anteriores al Góngora oscuro. Pero es más, en escritos de Góngora anteriores a la *Soledad* primera, se señalan más de trescientos cultismos que no se repiten en ella.

Durante más de tres siglos el castellano se enriquece considerablemente de cultismos; pero el buen gusto de Garcilaso, su arte exquisito, poda y pule la maraña latinista. Góngora representa una nueva abundancia, poco original en sí, pero que repetida y artísticamente aderezada, logra infiltrarse y decora y enriquece el lenguaje literario.

Se ha demostrado que el cultismo es anterior a Góngora, y que no faltaron burlas y protestas contra los precursores del Cordobés. Su éxito es contagioso; los que le siguen exageran el empleo, y los contradictores, que pretendían ser los purificadores del lenguaje, arrecian en sus ataques.

Buchanan, Rodríguez Marín, Wilson y Herrero García han publicado listas de palabras puestas en la picota por los puristas con evidente delectación y con afán de caricatura social en muchos casos; porque hay que observar que el cultismo llegó a ser una preocupación algo más que literaria, una moda que, aceptada con entusiasmo, contagia las letras españolas, no sin protesta y censura de muchos poetas, que por otra parte ponen sobre su cabeza al autor del *Polifemo;* y es que, como dice Herrero García, "los historiadores de la literatura han procedido con demasiada ligereza al colocar a Góngora al frente del movimiento culterano"; el fenómeno, natural, es históricamente anterior, y después su nombre glorioso cubre las mercancías más varias y averiadas. La veintena de vocablos raros de Góngora, sin el artificio insistente en su empleo, a nadie hubiera podido sorprender, y sin el arte maravilloso de expresión no lograra atraer a tantos admiradores. Góngora sabe recoger con una mano un tesoro idiomático tradicional marchito, lo vivifica con el hálito de su inspiración y de su arte y lo entrega refulgente, con la otra, a la sorprendida admiración primero y a la vulgaridad de las nuevas generaciones después.

Dura y perdura durante el siglo XVIII aquel afán de burla y de caricatura, eco y reflejo de los días y de las pasiones que despertó el estilo de Góngora. ¿No es

Fray Gerundio un eco de esta preocupación satírico-burlesca aplicada a la oratoria del púlpito?

Estos ecos se apagan cuando entra en plaza otro enemigo contra el cual se vuelven las armas. Otra vez corre la especie de que es llegado el momento crítico de la lengua, amenazada ahora por el contagio francés. Una dinastía francesa viene a reinar en España y en la corte y en la clase social que rodea al monarca es indudablemente muy grande la influencia que ejerce.

Es corriente entre los historiadores de la literatura española, al llegar a estudiar este período, lamentar y execrar el afrancesamiento de las letras.

Yo sospecho que, como sucede con las controversias cultistas, hay en este punto muchos tópicos y mucha falta de análisis.

¡Pobre y calumniado siglo XVIII! Había indudablemente malos escritores, muchos traductores inhábiles y torpes y sobre todo pocos escritores geniales; pero la sucesión de los buenos cultivadores del idioma no se interrumpe.

¿Dónde están los libros de alguna sustancia y de abominable estilo que pusieron al idioma en trance de que se pudieran celebrar sus *Exequias?* ¡Calumniado siglo XVIII, en cuyo ámbito se tropiezan y enfrentan dos bandos violentos sin encontrar una fórmula de convivencia: la tradición española y la nueva ilustración!

¿Puede llamarse sin reservas siglo afrancesado al que produjo la Historia de Flórez y los poetas de las escuelas salmantina y sevillana, que recuerdan, sin bochorno, las otras escuelas del XVI que se conocen con los mismos nombres? ¿Siglo afrancesado, en absoluto, el que narra la decadencia del idioma y el próximo fin

del castellano, con un estilo recio y castizo arrancado de la viva entraña de nuestros clásicos?

Y en cuanto al idioma, precisamente en este siglo comienza el estudio sistemático del castellano, y aunque fuese por imitación, a principios de este siglo se funda la Academia Española por aquellos ilustres varones que se juntan con el deseo de "cultivar y fijar en el modo posible la pureza y elegancia de la lengua castellana" (11). En la *Planta y Méthodo que por determinación de la Academia Española deben observar los Académicos en la composición del nuevo Diccionario de la lengua* se señala como tarea esencial "desterrar las voces nuevas inventadas sin prudente elección".

A los pocos años (1726) publica el primer volumen del llamado Diccionario de Autoridades, el esfuerzo más importante que se ha hecho para la fijación y estudio del idioma. Desde entonces en la Academia, y bajo su protección o contra sus decisiones, han venido a concentrarse los estudios del español como lengua hablada. No es ni ha sido el criterio de la Academia excesivamente purista ni autoritario, y sí más liberal y transigente que las instituciones similares de otros pueblos; pero sin duda ha contribuído notablemente a formar una conciencia y unas normas respetables y respetadas.

Es indudable que existía una preocupación intensa y difusa que, en los puntos esenciales, convenía en vigilar la pureza del idioma, cuando hasta un espíritu tan poco académico como Feijóo, en el mismo año que aparecía el primer volumen del *Diccionario de Autoridades,* publica su trabajo *Algunas observaciones sobre la introducción de voces nuevas en nuestro idioma,* en el que sustenta una doctrina muy razonable y hasta conserva-

dora compatible con sus atrevimientos y afanes de modernizar la cultura española.

Sin salir del siglo XVIII, los nombres y escritos de Mayans, Capmany, Huerta, Iriarte, Forner, Vargas Ponce, Moratín, Meléndez y otros que escribieron, discutieron y disputaron con más o menos acierto y templanza sobre la materia, nos descubren la constante y sostenida atención ante los problemas del buen uso y empleo del castellano.

Faltan todavía estudios serenos y profundos sobre el siglo XVIII español que pongan en claro y hagan luz suficiente en esta bibliografía (12).

En este período de nuestras letras, como en la época de Góngora y sus secuaces, hace falta poner orden y concierto. Como entonces, las polémicas confunden y desfiguran con frecuencia los datos y las observaciones, a unos todo les parece galicismo o influencia francesa, y otros, acusados de afrancesados, como Meléndez, son tildados de *magueristas* o arcaizantes.

De materia tan varia y vaga y tan sujeta a la interpretación y al gusto individuales, es difícil deducir aún una doctrina, y menos unas normas. Hay algún crítico, como Campany, que en el espacio de pocos años se contradice, y el que en 1777 es un defensor apasionado de la introducción de nuevas palabras, de la renovación del castellano, "únicamente los turcos que viven solos en Europa conservan el lenguaje de su fiero Othomán en testimonio de su barbarie...", decía, reacciona más tarde, y en la segunda edición de su *Elocuencia* y en otros valiosos escritos de esta época está dominado por un anhelo estrechamente conservador y purista.

Hoy puedo aducir un documento curioso que viene a ilustrar esta confusión.

En la Biblioteca de Menéndez Pelayo, en Santander, se conserva autógrafo e inédito un curioso discurso sobre *El uso de las palabras nuevas en la Lengua Castellana,* debido a la pluma del famoso poeta D. Félix Joseph Reynoso, que a mi entender da clara idea de los puntos de vista que sobre esta cuestión sostenían los hombres más entendidos en estas materias en los últimos años del siglo XVIII (13). Darlo a conocer con algún detalle me parece una obra de justicia y un buen servicio a la historia literaria del siglo XVIII.

No es Reynoso un purista necio y terco; pero contra lo que pudiera suponer algún distraído, si se deja llevar de la fama del nombre de su autor, no es ni mucho menos un defensor de la influencia francesa. A Reynoso se le conoce más que por sus bellas poesías, tan entonadas, por su libro sobre *Los delitos de infidelidad a la Patria,* que ha tenido la mala fortuna de suscitar vivas y crueles condenaciones. Trató en él de justificar la conducta de algunos españoles que, después de la invasión francesa, no tuvieron reparo en seguir desempeñando funciones públicas bajo el mando de los invasores, y aun obtuvieron nombramientos y cargos de sus autoridades. Cuestión y problema es éste fuera de lugar aquí, y que según el humor y temperamento de cada uno ha sido calificado de traición o de prudencia. Hombres de tan opuesta ideología como Gallardo y D. Marcelino le califican como el *Alcorán de los afrancesados.*

Este discurso sobre el neologismo se escribió diez años antes de que empezase la guerra de la Independencia, y perderá el tiempo quien pretenda encontrar en él precedentes del supuesto afrancesamiento de Reynoso. No es un purista teórico intransigente, pero sí enemigo

abierto y declarado de los galicismos y de la influencia francesa en la lengua española. Pasaron los años, y la pluma de Reynoso, tan culta y tan enterada de cuestiones jurídicas y políticas, escribió unas notables observaciones al primer código penal español, que además de un valioso documento jurídico es una fe de erratas, una impugnación erudita y muy razonada de los galicismos en que tal código abundaba, como calcado en el francés y atropelladamente trasladado a nuestra lengua (14). Otra paradoja: el autor del *Alcorán de los afrancesados* era, en realidad, un impugnador del fondo y, sobre todo, del lenguaje del código penal español afrancesado.

En el discurso inédito *Sobre el uso de palabras nuevas en la lengua castellana,* comienza el autor haciendo observar muy cautamente que cuando él atribuye a un escritor español la invención de un vocablo, debe tomarse como una conjetura y mientras no se aduzcan autoridades que lo contradigan. En esto han errado muchos. Garcés atribuye a Jáuregui la invención de la palabra *sanguino,* que ya usaron Herrera y Garcilaso; Garcilaso había empleado el adjetivo *almo* antes que Fray Luis, y así otros casos por el estilo.

Los puristas, dice, toleran en sus disertaciones y críticas que los hombres sabios puedan introducir palabras y modificaciones en el lenguaje, pero *sólo aquellos que tienen arte y prudencia para lo hacer.* Y arguye muy bien Reynoso que el título de sabio suelen concederlo las generaciones venideras cuando ya el sabio ha dejado su huella en el lenguaje. Además, el gobierno del mundo literario es popular, y todos gozan en él de iguales privilegios. Todos los que conocen bien un idioma pueden formar voces nuevas sujetándose, como en todas las artes, a ciertas reglas. Hay un idioma

vulgar, de comunicación que todos emplean, hay un lenguaje científico o técnico propio de los estudiosos y hay un lenguaje poético. Estos dos últimos toman su fondo y caudal del primero, que es el común y natural a todos. El lenguaje vulgar y racional debe aspirar sobre todo a ser claro, a que todos lo entiendan, y es por tanto el que menos neologismos debe admitir. Los estudiosos necesitan o pueden necesitar nuevas palabras para las nuevas ideas; pero tendiendo, sobre todo, a la ilustración de los demás, deben ser parcos en novedades para ser entendidos. El lenguaje poético que se usa para deleitar debe gozar de mayor libertad en sus invenciones, dentro siempre de la razón y del buen gusto. En Grecia, en Roma y en nuestro siglo XVI, se reconoció sin disputa esta facultad. Las lenguas se van perfeccionando y enriqueciendo con el tiempo, y siempre pueden ser perfeccionadas.

Es verdad que la lengua alcanzó su mayor ornamento en el siglo XVI; pero aun sin hablar del lenguaje científico, que naturalmente ha dilatado su área de influencia después, faltaban y faltan en el idioma muchas voces que va adquiriendo; y faltaba y falta, sobre todo, precisión y exactitud en el significado. Trae ejemplos de falta de precisión en palabras como *eficaz, celebrar, agravio* y *afrenta,* y encomia la obra de Huerta sobre los sinónimos. Cuando el escritor que pretenda dar a sus obras esta precisión no encuentre la palabra justa, si puede, debe inventarla. El gran esfuerzo de los literatos debe ser mantener, a pesar de la inconstancia de los pueblos, aquellas voces de mayor energía que no han sustituído o no pueden sustituir fácilmente otras tan expresivas y bien formadas. "Mas si contra la vigilancia del dueño marchita el tiempo parte de los árboles de un

plantío, ¿no deberá llenar con otros renuevos los huecos arrasados, o verá tranquilamente tornarse yermo el campo que cubriera antes sus ramas?" "Aun a mí me parecería a veces una extravagancia el aconsejar la introducción de nuevas voces, cuando se debía clamar solamente contra la gavilla de semejantes introductores. Detesto como el que más pueda esa raza bárbara de garladores que así tarazan y destrozan el habla más rica, más dulce, más bella, más magnífica y sonante de la Europa; el habla española, que no merecían haber conocido jamás, para vestirla de maharracho, con los arrapiezos asquerosos del más pobre de los idiomas cultos..."

Desde luego es precepto inconmovible desde Horario que las cosas nuevas requieren nombres nuevos. El que una palabra no sea de uso frecuente, no es razón para sustituirla por otra nueva; además, las voces antiguas *renacidas* traen consigo el placer de la novedad y autorizan además "y como que encanecen el lenguaje." La necesidad es, pues, la más poderosa razón de la introducción de voces nuevas... Reynoso cree además que es lícita la introducción de palabras que evitan una perífrasis y aplaude a Villegas porque dijo *ancianaré mis juveniles días,* porque además ancianar es más expresivo y exacto. Lo mismo opina de *flautear* y *lirizar,* usados por Conde, y de los sustantivos abstractos de que es pobre el castellano, que utiliza en su lugar los infinitivos sustantivados, y propone, por ejemplo, en vez de *vogar,* el sustantivo *vogamiento,* a imitación de *seguimiento* y *movimiento.* Apoya su parecer con el ejemplo de los clásicos que se permitían estas libertades. ¿Por qué no imitaremos su osadía?, dice; y ¿qué reglas han de seguirse para la invención de nuevas palabras? Las voces nuevas o se forman del mismo idioma o se intro-

ducen de otros extraños. Del mismo idioma se forman por composición, como *ondisonante,* de Meléndez, y *zanquilargo,* del P. Isla; por derivación, *gitanísimo,* de Cervantes, y *abuelísimo,* de Quevedo, y *filosofismo,* que introdujo Reynoso; pero de estas voces la lengua acepta unas y rechaza otras.

La onomatopeya es otra fuente de formación de palabras, como *taparatan, rimbombar, marramozar* y otras. "Cuando no hay elementos en la lengua de que pueda componerse la voz que se ha menester ni raíz alguna que pueda producirla, entonces, por último recurso, se apela a los idiomas extraños para traerla de ellos. ¿A qué idioma se ha de recurrir luego?" Y contesta con ironía: "¿Pues en eso puede caber duda? Al idioma más filosófico, más elegante y galano: a las delicias de los pisaverdes y pedantes, al patrimonio de los traductores de *pane lucrando,* al lenguaje de los amoladores y peluqueros, al melodioso y armónico y atildado francés. Oh, éste es el idioma todo bello que está en boga (séanos lícito graznar alguna vez)." Y hablando ya en serio, cree que en este caso hay que recurrir al latín o acaso al griego, y de los modernos, al meloso y pulido italiano y, en último término, al francés, inglés y alemán.

Sobre el lenguaje científico tiene Reynoso observaciones muy justas. Las naciones inventoras han impuesto sus nombres, y bien sea por la pobreza de raíces en el idioma español, o por descuido en buscarlas por estar escritos en latín los libros científicos antiguos, por pedantería o por el tono sibilino de los especialistas da por resultado un dialecto bárbaro que solamente sirve para redoblar la oscuridad y dificultad de las ciencias con unas expresiones ininteligibles, de manera que es cosa fre-

cuen en las ciencias que cueste más esfuerzo que el estudio de las ideas, el de los signos que las explican. Cita ejemplos de las ciencias matemáticas y de la retórica, "cuyo lenguaje parece dispuesto para amodorrar los talentos pueriles: el *retruécano* es *antimetábole,* la *repetición* es *polipopton,* otra cosicosa es *antimetábole,* otro *polysyndeton,* otra *paremboles,* etc..., y juro que no me acuerdo qué significan sin embargo de lo que aprendí entre el trompo y la villarda... En hora buena tomen sus voces los profesores de Ciencias y Artes, cuando no puedan de su idioma, del latín, y si no pueden del latín, del griego, y si no pueden del griego, aunque sea del chino, pero engrecizar a todo trance y revestir de palabras de conjuro las ideas mismas que un faquín o maragato expresara en su idioma nativo, créanme que no tiene razón." Opina que es muy digno de imitación el proceder de Cicerón, que se tomó el trabajo de buscar en la lengua latina equivalencia a las voces griegas de filosofía. Encomia a este respecto la obra de D. José Clavijo, traductor de Buffon, que se esforzó para no mendigar voces de otras lenguas sino en el caso preciso de faltar en la nuestra. Los escritores científicos han hallado más cómodo el expediente de "trasladar indirectamente palabras del todo francesas, o acomodadas al francés, llegando esta locura de francesear hasta creer que el habla española no es de suyo tan exacta y filosófica como aquélla para los asuntos científicos". Cita la autoridad de Capmany sobre la pobreza del vocabulario francés en comparación con el castellano, pobreza que deja un espacio o vacío oscuro e ilimitado al cual se lanza la mente y cree ver multitud y reduplicación de ideas que acaso no determinan las mismas voces.

"En suma—dice Reynoso—, nuestra habla tiene

siempre más caudal de voces para manifestar las ideas de mil modos, que la francesa. Sólo falta que se trabaje en aplicarla con exactitud a los asuntos filosóficos, que sus escritores la entiendan y sepan apreciar, y no den entrada a signos extraños en el idioma sino en caso de grave necesidad o de que puedan servirle de ornamento. Entonces deberán tolerar pacientemente los puristas esta admisión y no dar causa para que repitan los españoles lo que de los latinos decía Quintiliano: *Iniqui judices adversus nos sumus, ideoque paupertate sermonis laboramus.*"

El conocimiento del *Discurso inédito,* de Reynoso, me hago la ilusión que servirá de desagravio al autor del famoso *Alcorán de los afrancesados.*

Por lo demás, sus ideas sobre el purismo son claras y justas. No sólo en España, en toda Europa, después del Renacimiento se planteó el problema del purismo, y puede decirse que en otras partes con más acritud, violencia y duración que en España. Hay una cierta semejanza entre esta preocupación de limpieza de lengua con la limpieza de sangre y de ideas que han sido y siguen siendo campo de batalla entre los hombres.

El purismo es un ideal de perfección en la lengua que tiende a preservarla de toda contaminación y defecto. Parte del supuesto consciente o inconsciente de que hay un momento en la historia del lenguaje en que éste ha alcanzado su perfección. Pero el lenguaje es un medio de expresión, no es un fin en sí mismo, y para no dejar de serlo tiene que acomodarse a las ideas, a los sentimientos, a las realidades nuevas o distintas que la vida en su perpetuo y continuo movimiento trae consigo. Las mismas palabras, las mismas formas alteran a me-

nudo su significado con el tiempo, y ya hoy no significan lo que significaron antes.

Aunque se pudieran señalar unos cuantos años, un período de tiempo durante el cual el idioma puede parecer perfecto y fijado, habría que escoger entre los escritores de este período el que entre todos había sabido interpretar mejor esta perfección. Y si la unanimidad lograse imponer uno, estaríamos en peligro de caer en aquella verdadera locura tan extendida en el Renacimiento que consideraba a Cicerón como el modelo exclusivo de latinidad hasta el punto de que se rechazaban como mal latín formas o giros que no contasen con el precedente de legitimidad que únicamente Cicerón podía otorgar.

Si con una lengua muerta, aunque renacida para los eruditos, fué imposible conseguir la estabilidad, la inmutabilidad con que puede soñar un purista, mal podrá lograrse esto mismo con un lenguaje que, además del empleo literario por gentes ilustradas, sirve, tiene que servir para entenderse los hombres para nombrar y tratar de ideas, de relaciones y conceptos, de operaciones y actividades que antes no existieron.

No quiere esto decir, sin embargo, que al lenguaje deba dejársele crecer como a una planta silvestre, que su empleo no necesite ajustarse a ciertas reglas que del buen uso, sancionado por las generaciones pretéritas, se pueden deducir.

Es verdad que para un lingüísta para quien el lenguaje es ante todo materia de estudio, todas las formas, por el mero hecho de haber existido, tienen un valor, y cuanto más ignoradas y menos conocidas pueden dar ocasión a más curiosas e importantes revelaciones, pero no es éste, no puede ser éste, el punto de vista de quie-

nes tratan el lenguaje como medio de expresión y de comunicación. Ni se puede argüir con el fatalismo científico que considera el idioma y su evolución como uno de los fenómenos naturales que se dan fuera y sin intervención de la voluntad humana y aún contra esta voluntad.

Ya todos los lingüístas reconocen en el lenguaje la intervención y el influjo de la voluntad humana, y no faltan en la época contemporánea y en nuestra misma patria ejemplos patentes de la influencia que la voluntad perseverante de los círculos eruditos han ejercido y ejercen en la vida de los idiomas. Todos los cambios tienen un origen individual que por contagio y autoridad llegan a prevalecer, los que deben prevalecer, los que conforme al genio de cada lengua y por motivos no siempre fáciles de apreciar son aceptados por un número más o menos extenso de oyentes y lectores. Los inventores, los introductores de vocablos y frases y de giros sintácticos nuevos tienen lo que pudiéramos llamar derecho de propuesta; pero quien resuelve es a la postre ese misterioso poder de selección que casi siempre es acertado. Villegas, por ejemplo, usó a imitación de *agostar* la palabra *enerar,* y Reynoso propone en su discurso el empleo de *primaverar* como hay *invernar, veranear* y *otoñar*. Lógicamente nada se podía oponer a estas invenciones; pero hay algo más que lógica y deducción en las resoluciones inapelables del gusto. Y en verdad que el gusto, un buen gusto, ha tenido sus razones para rechazar estas palabras.

Porque el lenguaje, además de ser un medio de comunicación, tiene una cualidad estética de que no puede ni debe prescindir.

Este es precisamente uno de los fundamentos en que

puede apoyarse la defensa del purismo tomado en un sentido muy amplio. Es lícito e incoercible el derecho de innovación; pero hay dos poderosos motivos que justificarán siempre la tendencia conservadora en el lenguaje, que por lo demás, como ha dicho el eminente filólogo Breal, nunca puede ser decisiva, pues ninguna lengua ha muerto de arcaísmo. Uno es éste: conservar las bellezas de expresión ya logradas, y el otro servir de enlace a las generaciones, guardar y transmitir la lengua, que es, si no el único, sí el más fuerte de los vínculos de un pueblo. Sin esta tendencia conservadora perdería el hombre una de las puras fuentes del goce estético, goce que se renueva en todo lector de sensibilidad, y perdería además el contacto y la convivencia con los que, ya desaparecidos, forman con él cuerpo de la unidad histórica.

Sin esta tendencia conservadora cada generación vendría a ser extraña a la anterior, y extraños nos parecerían los grandes escritores de las pasadas centurias.

El castellano, gracias a esta tendencia conservadora y a la fijeza fonética y sintáctica ya fuerte en épocas remotas, ha podido resistir todos los embates y todas las pruebas; ha salido indemne, uno y solo, del mayor peligro: de la disgregación de un gran imperio, de la creación de veinte naciones apartadas del núcleo central. Contra todas las predicciones de discretos y sabios varones, cada día va siendo más uniforme, más fuerte, y ya puede asegurarse que indisoluble, el empleo de la lengua castellana en todas partes.

Mucho pueden hacer para conservarla y enriquecerla el esfuerzo de corporaciones como la Academia y el estudio científico de los filólogos y gramáticos; pero, como siempre, la responsabilidad mayor y la mayor glo-

ria en esta empresa está guardada para los grandes poetas, para los grandes escritores artistas. De ellos, de que cultiven con esmero y amor el precioso material del idioma, de que tengan siempre presente su valor tradicional, la continuidad de la lengua y su valor estético, su belleza, dependerá en última instancia el porvenir del idioma que habla y escribe el mundo hispanoamericano (15).

NOTAS

(1) Existe una copia en la colección Salazar (núm. 75), de la Academia de la Historia. Es un cuaderno en folio de 37 hojas. De este manuscrito sacó Gallardo un traslado que se conserva en la Biblioteca Menéndez Pelayo, de Santander.

(2) Todo lo referente a los orígenes del español ha sido tratado con gran copia de testimonios y con su habitual maestría por D. Ramón Menéndez Pidal en sus conocidas obras: *Orígenes del español* y *El idioma español en sus primeros tiempos.*

(3) Menéndez Pelayo (*Traductores españoles de la Eneida.* Madrid, 1879). Da cuenta de los códices que se guardan en diversas bibliotecas, de esta traducción, que merecía ser publicada como la primera hecha en lengua romance, por la riqueza de formas y giros que contiene, curiosos y de gran importancia para conocer los intentos de latinización en que abunda.

(4) Es sabido que D. Marcelino trabajó desde su juventud hasta los últimos años de su vida en la formación de una *Biblioteca de traductores* con el intento de ampliar y completar la *Biblioteca de Traductores,* de Pellicer. En la *Revista de Archivos* publicó, con el título de *Bibliografía Hispano Latina Clásica,* 896 páginas, que, por orden alfabético, comprenden la reseña de

códices, ediciones y traducciones de los autores latinos hasta Cicerón. Los materiales para la continuación, todavía inéditos, de esta magna bibliografía, se guardan en la Biblioteca Menéndez Pelayo, de Santander.

(5) *De los nombres de Cristo,* edición de Federico de Onís, vol. III, pág. 5 y siguientes.

(6) En el Prólogo que el Conde de Viñaza escribió para su *Biblioteca histórica de la filología castellana* y en el cuerpo de esta importante obra, se recogen juicios y opiniones de muchos autores sobre esta materia. Consúltese además: *Las Apologías de la lengua castellana en el siglo de oro,* por José Francisco Pastor. Madrid, 1929 (*Clásicos olvidados*).

(7) Un avance de lo que será un libro como suyo, acerca del *Lenguaje del siglo XVI,* ha sido publicado por D. Ramón Menéndez Pidal en el número 6 de *Cruz y Raya.*

(8) Erasmo Buceta, en su trabajo *La tendencia a identificar el español con el latín* (*Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal,* I, pág. 85 y sigs.), y en su artículo *De algunas composiciones hispano-latinas en el siglo XVII* (*Revista de Filología española,* 1933, pág. 368 y sigs.), trae ejemplos y bibliografía sobre este asunto.

(9) Biblioteca Nacional, manuscrito 3.906. D. Luis de Góngora y Argote, *Biografía y estudio crítico.* Madrid, 1925, páginas 279-80.

(10) En castellano, salvo las palabras técnicas que se forman con raíces griegas, la mayor parte de los cultismos son latinos. Meyer Lübke, en su Introducción a la *Lingüística Románica,* y Castro, en sus notas a la traducción de este libro, página 66, traen muy curiosas observaciones sobre este punto.

(11) Véase *La fundación de la Academia española,* por don Emilio Cotarelo. *Boletín de la Academia Española,* 1914, I, pág. 4 y sigs.

(12) Consúltese sobre este punto: Mulertt (Werner), *Aus der Geschichte der Spanischen Sprachreinigungsbestrebungen* (*Estudios eruditos "in memoriam" de Adolfo Bonilla y San Martín,* I, pág. 583 y sigs.).

(13) Reynoso, Félix José: *Reflexiones. Sobre el uso de las palabras nuevas en la Lengua castellana.* Leídas a la Academia de Letras Humanas de Sevilla en 24 de junio de 1798 por D. Félix Joseph Reynoso, su secretario.

(14) Reynoso, Félix José: *Reparos sobre los capítulos primeros y sobre el estilo del Proyecto del Código Penal.* 1821. (*Obras de Reynoso; Bibliófilos Andaluces,* t. II, págs. 361 y siguientes.)

(15) Sobre este problema es digno de leerse el opúsculo de Angel Rosenblat, *La Lengua y la cultura de Hispano-América.* Leipzig, 1933. Con relación al castellano en Argentina, es de gran importancia la tesis de Grossmann, *Die ausländische Sprachgut in Spanischen des Río de la Plata. Ein Beitrag zur Problem der Argentinische Nationalsprache.* Hamburg, 1926.

VOCABULARIO INEDITO DEL SIGLO XV

PROLOGO

Asi es que muchos vocablos de la Lengua Castellana parezen a los estranjeros improprios, i tales que no tienen algun fundamento razonable, lo cual *tienen* por culpa o defecto de los que mal i torpemente los pronunzian corrompiendo i dañando la propiedad de los vocablos; i corrupta la propriedad, piérdese la significazión de ellos. I viene esto por la mayor parte por la groseza i rustizidad de los aldeanos, cuya torpeza y rudeza es enemiga y madrastra de la fermosa elocuenzia i polizia de el hablar; que no se queriendo hazer fuerza ni poner dilijenzia en pronunziar bien las palabras domando y acabando la rudeza i aspereza de sus lenguas i labrios toscos i yertos, ni habiendo cura de se fazer en ello alguna premia, que es zierto que lo mucho alcanza hombre de aquello a que se da con dilijenzia, que ya se han visto personas que de su naszimiento son zezcosas, e haziendose alguna fuerza, e continuandolo, pierden el zezcar. I lo que mas es, las aves salvajes, a quien la Natura privó de hablar, y el hombre que por dilijenzia de algunos que en ello se trabajan, saben formar i pronunziar algunos vocablos; tanto que son bien entendidos; asi como son *papagayos* y *gayos, calandrias, ruiseñores, tordos* y *picazas;* a los cuales lo que la Natura les negó, otorgóselo el Arte i la dilijenzia continuada de algunos.

Mas este material i grosero linaje de hombres salvajes, que

son los labradores que son una pestilenzia de el fermoso hablar, no son instruidos ni informados para aprender bien a hablar; que aquellos hombres solízitos i dilijentes que trabajan en mostrar a hablar a las aves, cuando veen a estos con jestos i formas humanas i de hombres razonables, tienen que no es nezesario mostrarles aquello que Naturaleza les otorgó, i ansí ellos no azeptando el don de la Naturaleza, i no usando de él, i los Maestros oyendo ser superflua el Arte do la Natura proveyó, quedanse teniendo el medio entre bestias i hombres.

No digo esto de todos, mas de muchos, que casi son bestias i brutos salvajes.

Esta razón aprueba *Séneca* en el libro de *la vida bien aventurada,* al 6º. cap. hablando de Galarón, do dize que aquellos hombres que son de mui ruda natura, tan poco saben de si mismos, que es razón que les pongamos en cuenta i compañia de los ganados i de los animales brutos; que entre ellos i estos, o no hai diferenzia, o es mui pequeña i ansí corrompen i dañan los vocablos; que en la forma i manera que ellos los dizen no pareze que tengan significazión alguna, ni semblanza de razón; salvo que se hablan acaso i sin causa; i ansí dañan i turban los antiguos i bien ordenados vocablos.

I si ellos algunas vezes de su albedrïo quieren poner nuevos nombres a las cosas, tan desvariados i disformes los ponen, que no han razón alguna, así como en una comarca de Toledo, que dizen La-sisla, que al mozo pequeño le llaman *zagal;* i en otras partes por los manzebos que no son casados, ni tienen casa, dizen *barranos;* i yo vi labradores que por que sus bueyes fuesen conozidos, llamaron a un buey *Limón* i a ótro *Cordón,* ved que tiene que ver *buey* con *cordón* ni con *limón,* ni en materia ni en forma? I ansí mesmo en algunas villas zercadas, que pusieron antiguamente nombres a las puertas de las villas, i algunos llaman la puerta de la carrera de Toledo, los labradores con pereza i por acortar la razón dizen la *Puerta* de *carra-toldo.*

I en este nuestro tiempo que en Castilla han tomado *vocablos latinos* o *itálicos* o *franzeses* o *catalanes,* ya ellos los tienen dañados i corruptos; que por dezir "non fallo favor", dizen "non

fallo pavor": cuando hay muchedumbre de algunas cosas, queriendo dezir "no hai *número*", dizen "no hay *húmero*"; i por dezir "*satisfación*", dizen "santificazión"; i si alguno no se sintió bien dispuesto de la complesión, i tomó *purga,* dizen que tomó una *pulga;* i si alguno tiene fístola en la pierna, dizen que "tienen una epístola"; i por "alcaldes *árbitros*", dizen "alcaldes de *hábito*". I ansí en muchas i diversas maneras barbarizando dañan tanto la buena manera de el hablar, que dubdo si aquel Retórico Romano Tulio, ni el sabio orador Castellano Quintiliano tanto aprovecharon en la Retórica, como estos con su nezedad han deturbado i afeado; que como el Filosofo dize, "mas lijera cosa es el destruir que el hedificar": i ansi yo entiendo que esta ha sido la principal causa de la corrupzión de los vocablos castellanos, que en otra manera no es de creer, ni ante de pensar que los antiguos nobles Españoles en cuya nazión hubo muy eszelentes Reyes i Prínzipes, i muy notables i prinzipales Caballeros, i grandes i discretos sabidores, espezialmente en las Cortes i casas de los Reyes, donde se usa toda polizia i horden de hablar, que usasen de vocablos impropios i sin fundamento de razón, i tales, que no tuviesen propia significazión i razonable fundamento.

I ansi con razón debe hombre creer que es algun vocablo que subtanzial i espezial sea, que por alguna causa o por alguna razón no le fuese puesto nombre i sin duda quien lea las Partidas que hordenó el Rey D. Alonso, bien verá si la Lengua Castellana es bien hordenada, i con buena elocuenzia: mas los aldeanos, hombres silvestres i rústicos, no azertando en el vocablo ni poniendo dilijenzia en lo bien pronunciar, i por pereza de lo dezir enteramente i como deben, han dañado los vocablos, i con pereza i nezedad, por abreviar las palabras, trónzanlas i acórtanlas en guisa que algunas vezes son muy difiziles i graves de entender. I otras hay que segun ellos las dizen, no quieren dezir nada, salvo cuando los hombres discretos sacan por razón i por otras vezes las haber oido.

I ansi yo, consideradas todas estas razones, aunque se i conozco que tan pequeño e inútil favor, como el mio, remediaria

poco a tanta confusión i corrupzión de vocablo, no presumiendo de mí, mas cuydando que haré algun prinzipio i abriré via a los sabios i discretos que lo sabrán correjir i enmendar con mas szienzia i mas alto estilo, esforzeme a trabajar en ello en favor de la Nazión, i no ménos en reprehensión y vituperio de aquella ruda jente enemiga de la polida i dulze elocuenzia. Trabajé pues como pude, i no como quisiera; mas con buena voluntad, que con saber ni discrezión, de dar razon de *algunos vocablos castellanos,* moroando (sic, memorando?) como la Lengua Castellana ha buena i bien hordenada habla, i que espezialmente es zerca del Latin, que es una de las tres principales Lenguas del Mundo; i que en los más vocablos trae de él su prinzipio i fundamento.

Dubdo empero que mi obra se concuerde con mi deseo; quiero dezir que dubdo si sabré o podré dar a los vocablos corruptos i dañados aquella declarazión i emienda que les conviene. Pero el amor de la Nazión me hará sacar fuerza de flaqueza, i provaré de lo fazer; aunque es verdad que de muchos vocablos no se puede dar razón, ni reciben emienda, segun son dañados por la vil plática de la jente ya dicha, que ansi los han sacado de sus términos, que apenas quieren dezir algo, ni hazen significazión alguna. Ansique son tan graves de correjir, como unas ropas que el mal Sastre asi las daña, que otro buen Sastre con todo su arte no las puede poner en corte: i como algunos *dezires rimados* que son tan mal compuestos, i tan desvariados, que ninguno, por mucho que sepa de aquel arte, no los puede reduzir a buena forma, ni traer a consonante. Tales son aquellos *Versos rimados de el Rab Don Santo,* en los cuales hay asaz seso i notables dichos: pero son tan mal *rimados,* que no se pueden traer a consonantes. I las obras de escripturas que no son de gran profundidad de szienzia, ni de alto ni elegante estilo, no hai cosa que más las orne, i las haga parezer mas de lo que son, tanto como los *rimos*: que obras hay, que son buenas i graziosas en *rimos,* que en prosa valdrian poco.

I tornando al propósito, hay algunos *vocablos,* que deszienden de la *Lengua Arabiga* que quedaron de el tiempo que los Mo-

ros fueron señores de España, que si no el que buen Arabigo fuese, e supiese bien Castellano, no los podria interpretar. Pero de algunos vocablos, como pudiere, daré alguna razón; i si esta pobre i menuda obra la juzgaren algunos por inútil, de poco fructo, i aun supérflua; yo se los otorgaré ligeramente: que visto es que de ella no se puede seguir algun fructo. Pero quien no sabe, ni puede dezir ni hazer grandes ni notables obras, con obras alegres i apazibles, tanto que sean honestas, puede desviar i escusar el ozio, del cuál a la ánima i al cuerpo se suelen seguir grandes daños: que la oziosidad vezina es de el pecado; i por tanto con gran dilijenzia i estudio es de esquivar el ozio; i si el tiempo con obras magníficas no se puede ocupar, en alguna manera satisfaze quien con obras i actos apazibles i graziosos desecha i aparta de sí el ozio; que con los actos virtuosos i eszelentes se gana honor i fama, i con las obras honestas, aunque pequeñas, se desvïa la infamia que muchas vezes se sigue de el ozio: i al que mucho bien no puede hazer, algun bien le es guardarse de mal obrar. I ansí yo viniendo a ejerzitar el inûtil i menudo propósito, i a poner mano a la pobre i grosera obra, haré prinzipio en la *Caballeria,* que es cabeza de todos los ofizios i ejerzicios seglares, i no solamente cabeza, antes oso dezir, defensión i amparo i seguridad de todos los otros ofizios, porque so la defensión i amparo de la *Caballeria* cada uno puede libre i seguramente i con gran reposo ejerzitar su ofizio i arte, para servizio de la República i sostenimiento de su propia vida. I habida tal consideración, comenzaré en los vocablos i nombres de las dignidades i ofizios de la *Caballeria.*

Fin del Prólogo.

CONTESTCIÓN

DEL

Ilmo. Sr. D .VICENTE GARCÍA DE DIEGO

Al inolvidable Marqués de Villaurrutia, historiador y literato insigne, sucede hoy en el sillón académico el ilustre investigador y crítico de nuestra historia literaria D. Miguel Artigas. No he de comentar, ni enumerar siquiera, todos los méritos por los que el nuevo académico ha sido llamado a participar en los trabajos de nuestra corporación. No he de hacer el elogio, ni aun la enumeración, de todas las obras por las que tan destacado lugar ocupa entre los eruditos españoles.

La vida de trabajo de este tenaz e incansable aragonés ha sido descrita con la suficiente minuciosidad y con el debido encomio en la introducción que D. Luis de Escalante le dedicó en el *Homenaje a D. Miguel Artigas,* compuesto en conmemoración de su nombramiento de Director de la Biblioteca Nacional.

Ningún desvelo ahorró, ningún esfuerzo omitió este trabajador afanoso y fecundo en su preparación científica y en sus investigaciones.

Para su formación zahondó seriamente en los estudios básicos de su especialidad, en el latín y en las lenguas modernas, y en todas las disciplinas que requiere una profesión tan difícil, cuando no se aspira a ser el

guardador de los tesoros, sino el beneficiador de ellos. En su cargo de bibliotecario de la Biblioteca de Menéndez Pelayo puso a contribución su saber y su entusiasmo. El problema no era convertir los montones en biblioteca, sino hacer llegar a ella algo del espíritu del maestro y hacer revivir en aquellos libros el cariño del colector. Las direcciones espirituales del gran crítico español, sus afanes, sus papeles dispersos, sus libros inéditos, a medio hacer, los trabajos de la intimidad, todo esto había que recogerlo con el respeto sagrado, con la identificación sentimental de aquel gran corazón que ardió como pocos en el amor de su patria, que la defendió con la vehemencia del panegirista, pero nunca con la falsedad ni con la exageración.

Este deber científico y patriótico lo cumplió Miguel Artigas con probidad y con fortuna. La biblioteca santanderina fué, merced a su laboriosidad, hogar de trabajo serio y profuso. De aquí surgió la idea de la *Sociedad de Menéndez Pelayo,* que había de agrupar a los más notables admiradores del gran polígrafo. Artigas inició también y dirigió el *Boletín* de esta Biblioteca, siendo su principal colaborador. No se limitó a recoger y publicar trabajos inéditos del maestro, sino que en conferencias, dadas en España y en el extranjero, estudió la significación de Menéndez Pelayo en la cultura española, haciendo resaltar aquellas cualidades eminentes de su obra, su espíritu netamente español, su fino sentido de penetración histórica, su vasta y alta comprensión de los grandes problemas de la historia y de la crítica literaria, el insuperable arte de su expresión, que no era sólo magnificencia artística de estilo, sino justeza del pensamiento, y hasta los atisbos geniales en temas que en su época ofrecían deficiente documentación.

Otro de los temas predilectos del nuevo académico ha sido Góngora. La Academia premió su *Biografía y estudio crítico;* y su *Semblanza de Góngora* obtuvo el premio nacional de literatura. La aportación de Artigas al estudio de este autor, tan tardíamente comprendido, ha sido considerable. Al Sr. Artigas se deben datos nuevos sobre la biografía del poeta. Y son de más valor aún sus estudios encaminados a situar y desentrañar el gongorismo, en el que cabe tan distinta apreciación según se estudie como exclusiva genialidad personal o como emergencia de corrientes literarias que afluyen a la obra del vate cordobés.

Por último citaré nada más tres de las obras de don Miguel Artigas: la edición comentada del *Libro de miseria de homne,* poema por la cuaderna vía, de autor desconocido, que traduce, o interpreta mejor, la obra de Inocencio III *De contemptu mundi; Las poesías de Fray Luis de León,* que había anotado Menéndez Pelayo, publicadas en la *Biblioteca selecta de Autores Españoles,* de nuestra Academia, y el *Teatro inédito de Quevedo,* de la misma colección. En todos sus trabajos D. Miguel Artigas se revela como erudito concienzudo y prudente, que prefiere a la aventura de la hipótesis ligera, la tierra firme de la demostración. Su vida de trabajo es un ejemplo digno de imitarse por la asiduidad del esfuerzo y por su fecundidad.

El tema que para su ingreso ha elegido, el purismo, ofrece capital interés histórico y lingüístico. Con expresiva concisión el Sr. Artigas bosqueja el concepto del purismo entre los gramáticos, da una idea sucinta y densa de los elementos que han turbado la pureza del idioma, el extranjerismo de un lado, y, como influencias interiores, el cultismo latinizante y el vulgaris-

mo; y con su mesura y tino habitual enjuicia el problema de la permeabilidad del idioma, considerado por los más como nefando atentado lingüístico. Más que aportaciones complementarias, en mi contestación he de exponer solamente a modo de glosas algunas consideraciones sobre este tema, que rebasa por sus dimensiones los límites de un discurso, y que no se presta en ciertos aspectos al tono y estilo de una oración.

Con relación a la adopción de términos extraños, el purismo o la contaminación interesa como hecho vital, no como hecho histórico. Tiene valor el purismo actual, la reacción orgánica de una lengua, y, si se me permite una expresión ajena, la acción médica o profiláctica contra las invasiones. Podemos y debemos prevenir al idioma contra los extranjerismos que rondan y contra las importaciones actuales. Incorporado un elemento extraño al organismo del idioma, es un hecho irremediable, menos nocivo y trascendente en un idioma potente de lo que pudiera pensarse. Una corta antigüedad da de tal modo carta de naturaleza a una palabra, que puede pasar a los ojos de todos por castiza y propia. En las lenguas la conciencia es el todo, aunque sea errónea; y, jugando un poco a los vocablos, podríamos decir que una voz es sólo extraña mientras produce extrañeza, mientras se siente la conciencia de su falta de arraigo. Un enamorado (que no sea lingüísta) de voces típicas probablemente nos citaría entre ellas algún galicismo. Cuando la palabra *etiqueta* ha ido ganando el uso, los puristas han salido a rechazarla, porque *etiqueta* es francés, y han propuesto que se use el castizo término *marbete*. Propuesta justa, porque *etiqueta* en este sentido no hacía falta alguna; pero con la pequeña salvedad de que *marbete* es tan extranjero como *etiqueta;* yo creo que un

francés naturalizado entre nosotros en la edad de oro.

El purismo como lamentación es inútil, y ordinariamente infundado. El copioso elemento árabe y francés del español no es en general sustitutivo, sino agregado. Más ha ganado que perdido con él nuestra lengua. No han desplazado estos términos a otros, como en las lenguas débiles, sino que han venido como índices de cultura, como marbetes de cosas nuevas.

En cambio el purismo preventivo debe ser una de las grandes preocupaciones de los técnicos y de las academias. Las lenguas sanas, es verdad, reaccionan contra estos elementos extraños; pero la acción oportuna puede evitar o facilitar y apresurar la eliminación. Esta acción es más necesaria cuando las defensas de los idiomas son más débiles y la influencia extraña es más fuerte. Y éste es el caso del español actual. La indefensión del idioma (hablo de la indefensión anormal, cuando el desnivel de cultura general y parcial no es tan grande que la invasión sea inevitable) se produce o agrava especialmente por un motivo psíquico nacional, por un sentimiento de inferioridad, por un complejo deprimente, que lleva a la sobreestimación de lo extraño por el hecho de serlo. El español actual no podía escaparse a esta ley, y con un apocamiento excesivo para las derivaciones y traducciones no produce ni reacciona como en los tiempos en que un sentimiento de plenitud nacional rebosaba en el orgullo de hablar español y de serlo.

A esta indefensión por el prestigio exagerado de lo extraño se suma la fuerte influencia de la cultura ajena, de las traducciones científicas y literarias. Los traductores, siempre un poco *traditori,* son en la actual incultura clásica los terribles violadores, no del purismo técnico, intransigente y rígido en exceso, sino de la pureza

fundamental de la lengua. El purismo se defiende con el conocimiento extenso y profundo de lo propio, con el dominio del caudal ingente que nuestra lengua había atesorado. Con una penuria léxica lamentable, con el desconocimiento de nuestra gloriosa literatura, verdadero panteón del olvido para nuestras generaciones, no sólo el purismo, sino la continuidad histórica de la lengua literaria, está en peligro grave.

La reprobación de lo vulgar en el idioma es una obsesión fija de todos cuantos de gramáticos se han estimado. El afán de excesión, de escaparse de lo bajo y rutinario, es preocupación fundamental del gran literato. Todos huyen al vulgo, todos evitan el contacto de lo manoseado en un ansia de originalidad, que es al fin el afán creador del artista literario. Como la flor pugna por alzarse del barro, se esfuerza la literatura en levantarse de la plebeyez. Y sin embargo del barro de la vulgaridad ha salido lo mejor y más típico del idioma, la floración espléndida de nuestra lengua. Nuestra pronunciación y lo más vivo y pintoresco del español no ha salido de la literatura notarial ni de los monjes latinos, sino del pueblo. Siempre huyendo de él, nos nutrimos de la savia de su espíritu. Al pueblo, a la vez tradicional y revolucionario, lo huímos, y es guía de nuestro espíritu. El pueblo necesita del artista, del genio que sepa sublimar sus versos y sus melodías, su arte y sus ideas; requiere el artífice que pulimente sus creaciones; pero el creador es él. En el tema lingüístico todos repudian la vulgaridad por ser del vulgo; pero lo que es orgullo de nuestra inventiva del vulgo ha sido. De lo vulgar vivimos en la lengua y lo absorbemos en la inconsciencia. Sólo cuando nos damos cuenta por una razón externa, es cuando rechazamos la vulgaridad. Hasta

que la lingüística científica ha ido demostrando los procesos mentales del hablar, se había pensado que la lengua popular tenía una lógica distinta, siguiendo un camino de desatinos y de incorrecciones. Hoy nadie se atreverá a sostener que hay un solo proceso que no sea idéntico a los del habla literaria. Una forma o un uso es vulgar porque los usa el vulgo, pero no por seguir un procedimiento distinto del de la lengua culta. Es vulgar *probe,* porque es peculiar del vulgo, pero fonéticamente no es ni más ni menos legítimo que *breva,* en vez de *bevra.* La misma ley ha cumplido *perta* por *pérdida,* que *renta;* y por reparto de la lengua nosotros decimos *renta,* y sólo los rústicos emplean *perta.*

A veces es el vulgo y no la lengua oficial y erudita quien fonéticamente tiene razón. El vulgo de una región burgalesa dice bien *verrojo;* y somos los demás los que decimos mal por transgresión fonética *cerrojo.*

El carácter vulgar o culto de un vocablo lo puede dar la mudanza y capricho de los tiempos. Hoy es vulgar *escuro*: pero Cervantes lo usaba en sus más esmerados y almibarados párrafos. *Ascuchar* tenía uso en la lengua de los reyes; y hoy es privativo del vulgo. La misma voz latina AUSCULTARE era en la época clásica un término bajo; y después en las románicas ha tenido todos los honores literarios. *Mesmo* no se oye mas que en las aldeas: pero Cervantes hacía gala de alternarlo con *mismo,* y antes fué un término perfectamente culto.

En términos generales la latinización ha sido considerada como una gala del español. Los literatos creían dar una nota de prestancia incorporando términos latinos e imitando la pompa de la prosa declamatoria o de la poesía elevada. Era un orgullo para los panegiristas

del idioma que el español se acercase tanto al latín, que a cada paso se identificaba.

Algunos gramáticos, defensores de la pureza castellana, ofrecen una débil resistencia y oposición al latinismo. Valdés encuentra como grave defecto de la *Celestina* el "que pone algunos vocablos tan latinos que no se entienden en el castellano"; y le parece intolerable que Mena dijese *rostro jocundo*. Pero en general los reparos a la invasión del latinismo son atenuados, comparados con las violentas repulsas contra los vulgarismos.

Hoy, con estrecho criterio profesional, en el latinismo no suele verse sino el lamentable desplazamiento de lo español. En el avance de los cultismos se observa con tristeza cómo las viejas voces legítimamente acuñadas en un troquelar de siglos se desvaloran y se pierden. Aquellos términos, *olvidanza, poridad, ahontar, aguisamiento,* que hacen revivir el aire altivo de las gestas o la elegancia señorial de los reyes legisladores, de sabor añejo exquisito, de un valor plástico intraducible, han sido suplantados por otros. No sólo con criterio de lingüísta, sino del arte y de la emoción, se siente la pérdida de estos viejos vocablos, que hablan, con más hondura y fineza que la misma historia, del espíritu de la gran España medieval. Pero la latinización, a la vez que ha sido fuerza destructiva de lo local y típico, ha sido el elemento más decisivo para aproximar los idiomas en la gran cruzada científica, realizando en el orden de la ciencia casi el ideal de la lengua única. El purismo en la lengua, como el tradicionalismo regional en las costumbres, en la indumentaria y en el arte, es el noble sentimiento individual de lo más nuestro, de lo que en nuestra localidad, región o patria se nos ofrece como típico, con el prestigio de lo secular, con el amor de lo

que es hechura y creación de nuestros padres. Pero la tendencia latinizante, niveladora de las lenguas románicas y no románicas, dejando aparte el prurito de afectación o la ridícula vanidad de tal o cual grupo o literato, ha nacido por el no menos noble sentimiento humano, por un espíritu de universalidad, que ha roto las fronteras del conocimiento para crear la gran hermandad científica.

El castellano, con un sentido histórico ecuánime ha mantenido en general el justo medio de un tradicionalismo lingüístico, compatible con la evolución de los tiempos y con la tendencia uniformadora de la cultura. Con un criterio mucho más alto y comprensivo que los gramáticos, ha sabido mantener tenazmente tesoros populares desdeñados por los eruditos, y a la vez ha dado acogida, contra el criterio casticista, al caudal que los nuevos tiempos exigían. Castilla, con un claro sentido de su providencial destino, con la misma clarividencia de su visión política, ha forjado la lengua imperial. No es la lengua que pierde su substancia y su fisonomía penetrada de todas las influencias extrañas. No es tampoco el idioma en suspicaz defensiva, que, inseguro de sí mismo y temeroso de cualquier contagio, reacciona hostilmente contra todo lo extraño.

El purismo absoluto lingüístico, igual que los otros, es como sistema una aberración, y como supuesto una ficción piadosa. El castellano, de recia contextura, fuerte y flexible, de líneas graciosas y severas, de rasgos bien definidos e inconfundibles, claro al oído y trasparente al espíritu, llegó a tal fortaleza, a tal gracia comunicativa, a tal virtud biológica de propagación, que bien podía permitirse la libertad de abrir sus velas a todos los vientos y cambiar sus tesoros, lejos del ruin

espíritu provinciano, que se encierra en sí mismo, en el aislamiento rencoroso del débil.

El latinismo avasallador e irreflexivo era unas veces una necesidad de los traductores; otras, jactancia poética. Pero el pueblo iba con más parsimonia que sus poetas. Hasta los gramáticos latinos, con este sentido popular, medían parsimoniosamente la introducción de las voces. Un gramático tan familiarizado con el latín como Nebrija es tan comedido, que no se atreve a admitir como corriente el término *parricida*: "Hay catachresis ...dice...si dixéssemos que el que mató a su padre es omiziano, porque omiziano es propiamente el que mató ombre; pero no tenemos palabra propia por matador" [del padre]. Y eso que excluía de la condición del barbarismo el elemento latino: "Nosotros podemos llamar bárbaros a todos los peregrinos de nuestra lengua, sacando a los griegos e latinos."

La reacción que contra el latinismo podía defenderse, y que en general cumplió el pueblo, no era contra el latinismo, sino contra el latinismo innecesario. Y la falta absoluta de necesidad la determina la sinonimia perfecta. De las listas de la *Culta Latiniparla* unas voces sí y otras no han sido incorporadas a la lengua común. Quevedo envolvía a todas en la misma burla. El pueblo, sin conciencia técnica, sin lógica explícita, ha hecho por fina intuición una selección racional. Quevedo se burlaba de estas voces por nuevas y por aceptarlas personas afectadas. El pueblo las ha cernido por una más profunda razón objetiva. No ha aceptado el llamar hombre *onusto* al *pesado,* ni *singultos* a los *sollozos,* porque no ha visto entre ellos una distinción interesante. En cambio ha aceptado *inmediato* junto a *cercano,* afrontando las burlas de Quevedo, porque no hay la identidad que los téc-

nicos suponían. Tampoco los técnicos han distinguido en sus censuras del latinismo dos casos esencialmente diferentes: los dobles semánticos y los formales. La lengua ha hecho una distinción práctica muy justa. Mientras se resiste a recibir muchos términos, no se ha resistido a aceptar *áncora* teniendo *ancla,* ni *plano* teniendo *llano,* ni *ánima* teniendo *alma,* ni *masticar* teniendo *mascar.*

Los puristas teorizantes claman contra la innecesaria suplantación de las formas vulgares y contra la adopción de estos dobles, y no aciertan a tener en cuenta la diversidad de los casos. Suponen los técnicos innecesaria la adopción por el hecho de tener los dobles un mismo origen, sin considerar que esta identidad de origen formal no implica en todos la identidad del actual sentido. Es cierto que *rezar* en su origen es igual a *recitar,* y *santiguar* a *santificar;* pero en el momento en que estas formas se contraponen habían de tal manera evolucionado en su idea, que no había medio de admitir su paridad ni siquiera de reconocer su parentesco.

Hay no obstante palabras en que la identidad formal es evidente y el sentido es prácticamente igual, y sin embargo la lengua se ha dejado invadir de ellas, sin producirse la reacción que se opera contra las voces heterogéneas. Es decir, ¿por qué la lengua no ha aceptado *onusto* por tener *pesado,* y ha tomado *amplio* teniendo *ancho* y *pleno* teniendo *lleno?* La razón es porque estas voces dobles no se ofrecen en competencia de ideas, sino en pura competencia social. En *masticar* frente a *mascar* no hay una colisión ideal, sino una pura divergencia cultista y técnica. Los médicos introdujeron el término, y en la vulgarización médica, que tantos vocablos generaliza, se aceptó *masticar,* en lucha que puede terminar

con la eliminación de *mascar*. La popularización de la cultura generalizó el término médico *nutrir*, y ya ni entre el vulgo perdura la vieja y legítima forma *nodrir*.

Es en general el tecnicismo de las ciencias y de las artes el que al extenderse en la lengua común desplaza por el prestigio de la cultura, y no por razón lingüística, la forma paralela vulgar. Así han ido ganando terreno *augurio* frente a *agüero*, y tantos otros.

Apenas habrá latinismo que no se haya intentado. La lengua sin embargo ha sometido la adopción a normas racionales. "Si puedo decir *fenestra* no digo *ventana;* antes digo *planto* que *lloro*", decía Valdés; y el pueblo, con superior autoridad, dió de lado a estos latinismos.

Una fuente del latinismo es la sustitución de las voces groseras. Estos vocablos, *turpia dictu*, manchados, no, como se cree, por el uso vulgar, sino por su sentido, son reemplazados por otros, hasta que los nuevos a su vez se contaminan. En la necesidad de nombrar cosas torpes, la lengua usa como veladura del pensamiento perífrasis, alusiones discretas o bien voces latinas. El vulgo, menos remilgado o más ingenuo, conserva más tiempo las voces expresivas; y así decimos por espejismo que son groserías vulgares. El P. Cáceres explica así en su *Comentario de los salmos* la introducción del cultismo *eructar*: "No tiene la lengua española palabra simple que responda con propiedad a esta palabra *eructavit*, porque la palabra *bosar* que usan algunos es grosera y poco limpia; *regoldar* es palabra propia, pero en ninguna manera se ha de usar de ella." Con esta forma le explicaba a Sancho Don Quijote el cultismo *eructar*, y con el mismo criterio la reputaba como

"uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana".

Al justificar en conjunto el hecho de la latinización española, no quiere decirse que no pueda bajo algún aspecto ser dañoso al idioma. De hecho lo es frecuentemente en los latinismos derivativos. Los nuevos estudios psicológicos del lenguaje demuestran cómo por una facultad asociativa de nuestra mente percibimos las palabras en grupos, cómo la facilidad del manejo de un idioma se basa en la catalogación mental por categorías. Por lo tanto, todo cuanto disocia los vocablos de un grupo es un elemento perturbador de la economía lingüística. Decir *episcopal* en vez del clásico *obispal* no aporta ventaja alguna, y sí el perjuicio de alejar *episcopal* de *obispo,* de tal modo que puede el pueblo no entenderlo. Llega a ser un caso trágico para la cultura popular el de admitir desmedidamente derivados sin primitivo culto o con el primitivo muy deformado. El niño español y el vulgo, y su cultura lo sufre, no sabe que *viperino* es de *víbora,* ni entiende la relación de muchos derivados cultos.

A veces se abre inútilmente este abismo entre las palabras. Nuestro clásico *pernochar* era una forma obvia junto a *noche. Pernoctar* era inútil, y además quiebra esa acción asociativa, que es el gran recurso y comodidad de los idiomas.

La lucha del latinismo literario con las formas que habían sufrido la evolución fonética normal no hay que suponerla iniciada con los grandes movimientos renacentistas. El español aparece contagiado de esta invasión en los mismos comienzos. Las primitivas canciones de gesta decían en latín *claro, clavo, falso, medio, plorar,* y no digamos de las obras de los monjes

latinados, que usaban *diferencia, glorificar, laudar, fornicario,* etc.

El latinismo empieza, aunque parezca un contrasentido, en el mismo período latino. Cuando el latín español, como el de los rústicos italianos, había hecho ya *oricla,* el término culto *aurum* se impuso sobre el vulgar *orum.* En parte del latín español se usó *capiclum* (lo mismo que *veclus*), según lo prueba el gallego *cabillo;* pero el latinismo literario *capitulum* es el que prevaleció, según demuestra el castellano *cabildo.* Cuando en siglos posteriores *rumigare* había hecho *rumiar,* y *ligare liar,* prevalecían formas latinas como *negare* y *fustigare,* que por eso dieron *negar* y *hostigar,* sustrayéndose a la pérdida de *g.* Pero en el estudio general del latinismo español, como en el de las lenguas hermanas, hay que precaverse contra un posible y frecuente error. El suponer arraigada e incorporada al idioma toda voz cultista es una base insegura para todas las deducciones. El latinismo es estudiado frecuentemente como un caudal, cuando esencialmente es una tendencia. No puede ser estudiado un latinismo como continuidad mientras no haya pruebas positivas. Si se demuestra que un término como *vulto* "rostro' ha pervivido en la literatura desde el siglo XIII hasta Góngora, diremos que no es invención del poeta, pero en caso contrario diremos que es invención. La invención de los inventos olvidados es una rareza de la industria; pero en las lenguas, y en concreto en el latinismo, es un fenómeno corriente. Los escritores latinizantes son a cada paso inventores de términos latinos que otros usaron, pero que no fueron tomados de éstos, sino de la cantera inagotable del diccionario latino, abierta en todos los tiempos a la curiosidad de todos.

El purismo como criterio intransigente ha sido, en un pueblo como el nuestro tan dado al juicio radical, una rareza. Sólo en temperamentos exaltados, y en momentos en que el galicismo invadía hasta nuestra sintaxis, se desata la vehemencia purista, en una defensa que tenía por fondo un sentimiento de política patriótica.

Al purismo académico no se le ha hecho siempre la justicia debida. Es creencia arraigada entre el vulgo más o menos erudito que la Academia defiende el criterio purista absoluto. Según este juicio, el purismo académico es la negativa sistemática de toda innovación, la proscripción de todo lo vulgar. La exageración del concepto general académico no podía faltar a la Academia de nuestro idioma. El vulgo tenía que interpretar el respeto al tesoro clásico y a la continuidad de la lengua como manía arcaizante; el gusto por la corrección como engolamiento; la prudencia y falta de precipitación en acoger las novedades que son flor de un día como anquilosamiento e incomprensión. Por fortuna esto no es cierto. Los académicos y la Academia se interesan por la lengua viva y popular tanto como por la erudita. Su purismo no es ciego y maniático, sino racional. Su acción no es a redopelo del idioma, sino en armonía con las normas que el pueblo mismo sigue. A las reglas de depuración que el pueblo mismo practica se ha atemperado la labor de la Academia. Ella dirige: pero a favor del viento. No con reglas propias y arbitrarias, sino con las normas y medidas que el genio nacional ha formado en la evolución de su lengua. Ese justo medio de amor a lo propio y de generosidad con el extraño; ese mismo espíritu fijo en la tradición y abierto a la universalidad, que ha caracterizado a nuestra raza, ha sido la pauta lingüística de nuestra institución. Igual que el pueblo,

la Academia sólo ha expulsado la escoria. Como en desprendimiento maternal España creó un mundo. Con ardor de misionero le dió a éste su espíritu infundido en su lengua. La Academia, lejos del purismo egoísta, acoge las voces comunes de los pueblos de habla española, incorporándolas al patrimonio de este imperio lingüístico inextinguible.

El nuevo académico en el discurso que habéis oído coincide con este criterio, norma tácita de nuestra institución desde sus comienzos. Al darle en nombre de la Academia la bienvenida, sólo me resta hacer votos porque su labor, iniciada con tan buenos auspicios, sea fructífera para los trabajos de la Academia y útil para la depuración de nuestra lengua.

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA